

LECTIO DIVINA

VI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

(16 de febrero 2025)

Jer 17,5-8

Sal 1

1Cor 15,12.16-20

Lc 6,17.20-26

TEMA

La Palabra de Dios que se nos propone en este sexto domingo del Tiempo Ordinario nos habla de opciones, de elecciones justas para construir una vida con sentido. Por un lado, está el camino que Dios propone; por otro lado, está el camino que nos muestra la lógica de los hombres. El camino que Dios nos señala parece un camino “improbable” y muchas veces nos obliga a navegar contra la corriente; pero es, sin duda, el camino que nos conduce a la verdadera vida.

En la primera lectura, el profeta Jeremías nos asegura que si apostamos todo en realidades humanas y efímeras, estaremos desperdiciando nuestra existencia; pero si ponemos nuestra esperanza en Dios y aceptamos vivir según sus instrucciones, encontraremos vida abundante y felicidad sin fin.

En el Evangelio, Jesús muestra a los discípulos y a la multitud cómo alcanzar la verdadera felicidad. El camino que Él indica –el de las “bienaventuranzas”– contradice absolutamente la lógica humana e invierte completamente nuestra escala de valores; pero se presenta con el sello de garantía de Dios mismo. Según Jesús, es el camino hacia un mundo más humano, más fraterno y más feliz.

En la segunda lectura, Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Corinto –y a los creyentes de todos los lugares y tiempos–, los invita a creer en la resurrección y a vivir con la mirada puesta en el mundo venidero. Si este es nuestro horizonte, sabremos que las cosas de este mundo son pasajeras y no deben ser la prioridad en nuestras vidas.

Jeremías 17,5-8

Esto dice el Señor:

“Maldito el hombre que confía en el hombre, que en él pone su fuerza y aparta del Señor su corazón. Será como un cardo en la estepa, que nunca disfrutará de la lluvia. Vivirá en la aridez del desierto, en una tierra salobre e inhabitable.

Bendito el hombre que confía en el Señor y en él pone su esperanza. Será como un árbol plantado junto al agua, que hunde en la corriente sus raíces; cuando llegue el calor, no lo sentirá y sus hojas se conservarán siempre verdes; en año de sequía no se marchitará ni dejará de dar frutos”. **Palabra de Dios.**

AMBIENTE

Jeremías nació en Anatot, una pequeña ciudad levítica situada cerca de Jerusalén, alrededor del año 650 a. C.; y ejerció su misión profética desde el año 627/626 a.C., hasta después de la destrucción de Jerusalén por los babilonios (586 a.C.).

El tiempo de Jeremías es un tiempo de gran inestabilidad política y social. Cuando Jeremías asumió la misión profética, el rey Josías estaba llevando a cabo una gran reforma religiosa encaminada a desterrar del país el culto a dioses extranjeros, después de décadas de infidelidad a Dios y de sincretismo religioso. Jeremías, en esta etapa, se involucró en la reforma religiosa de Josías, instando a los habitantes de Judá a convertirse y ser fieles a Yahvé.

Sin embargo, en el año 609 a. C. Josías murió en Meguido, en batalla contra los egipcios. Después de algunos meses de inestabilidad, el trono de Judá fue ocupado por Joaquín (609-597 a.C.). Judá volvió a caminos de incertidumbre e inseguridad. Las injusticias sociales, a veces fomentadas por el propio rey, debilitaron irreparablemente el tejido social de Judá; la política de alianzas militares con potencias extranjeras puso en riesgo la independencia nacional. Jeremías comprendió además que, al depositar la esperan-

za de la nación en ejércitos extranjeros, los líderes de Judá estaban demostrando que no confiaban en Dios. Convencido de que Judá había superado todas las pruebas, Jeremías anunció, en algún momento, la inminencia de una invasión babilónica que castigaría los pecados de la nación. Las terribles predicciones de Jeremías se hicieron realidad: en el año 597 a. C., Nabucodonosor invadió Judá y deportó a parte de la población de Jerusalén a Babilonia.

Sedequías (597-586 a.C.) permaneció entonces en el trono de Judá. Al principio, Sedequías se mantuvo al margen de los disturbios políticos que agitaban a los pueblos de la región; Pero después de algunos años de tranquila sumisión a Babilonia, Sedequías volvió a intentar la vieja política de alianzas con potencias regionales, buscando la ayuda de Egipto contra Babilonia. Jeremías expresó una vez más su desacuerdo, prediciendo un desastre para la nación.

Los temores de Jeremías se confirmaron una vez más. En el año 587 a.C. Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió Jerusalén. Un ejército egipcio acudió en ayuda de Judá y los babilonios se retiraron. Pero Jeremías, convencido de que el fin había llegado, anunció la reanudación del asedio y la destrucción de Jerusalén (cf. Jr 32,2-5). Acusado de traición, el profeta fue encarcelado (cf. Jr 37,11-16) y su vida estuvo en peligro (cf. Jr 38,11-13). Poco después, Nabucodonosor entró en Jerusalén, destruyó la ciudad y deportó a su población a Babilonia (586 a. C.).

Es difícil precisar, en este marco histórico presentado anteriormente, el momento exacto en el que Jeremías habría pronunciado las palabras que nos presenta la primera lectura de este domingo. Pero probablemente podamos situarlos en el contexto de las políticas erráticas de Joaquim (609-597 a.C.) o Sedequías (597-586 a.C.), quienes pusieron la seguridad de Judá en manos de ejércitos extranjeros, en lugar de confiar en Yahvé.

MENSAJE

En Jer 16,10 Dios, hablando al profeta, prevé que el Pueblo le hará la siguiente pregunta: “¿Qué pecado o qué maldad hemos cometido contra el Señor, nuestro Dios?” Jeremías debe responder: «Sus padres me abandonaron y se fueron tras otros dioses para servirles y adorarles, y no guardaron mi ley. Pero ustedes hicieron aún peor que sus padres; *“Cada uno, sin escucharme, sigue los malos deseos de su corazón”* (Jer 16,11-12). El texto de Jr 17,5-8 viene en la estela de todo esto. Se refiere al pecado de un pueblo que dejó de confiar en Dios, le dio la espalda y comenzó a construir su historia sobre realidades humanas, realidades que no le garantizan la verdadera vida.

Para Jeremías, una de las manifestaciones de la infidelidad de Judá a Yahvé está en la política de alianzas militares que los reyes de Judá buscan celebrar, para defenderse de los planes imperialistas de ciertas potencias regionales, como Egipto o Babilonia. Esto significa, para Jeremías, que Israel confía más en los ejércitos extranjeros que en Dios. Dios ya no es la seguridad y la esperanza de Judá. Dios ha perdido su lugar en el corazón del Pueblo.

En el mejor estilo de sabiduría, Jeremías denuncia el pecado de quienes “*confían en el hombre*” y “ponen toda su esperanza en la carne (es decir, en los seres humanos)” (v. 5). A los reyes de Judá les parece que los militares extranjeros y sus caballos de guerra son más confiables que Dios cuando se trata de garantizar la seguridad de la nación. Aquellos que confían más en las realidades humanas, limitadas y falibles, están “malditos”. Sus apuestas están condenadas al fracaso, pues no es en estas realidades donde encontrarán la vida y la seguridad que buscan. El profeta los compara con “*un cardo en la estepa que nunca disfrutará de la lluvia*. Quien pone su esperanza en realidades efímeras y falibles vive “en la sequedad del desierto”: su vida atrofiada y árida está condenada a una muerte prematura (v. 6). Nunca conocerán la vida en plenitud.

Muy diferente es la suerte de aquellos que «confían en el Señor y ponen en el Señor su esperanza» (v. 7). Aquellos que saben que sólo Dios es la fuente de la verdadera vida y se vuelven a Él son “como un árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echa sus raíces” y bebe el agua refrescante y vivificante (v. 8). Quien pone su esperanza en Dios hunde sus raíces profundamente y encuentra vida en abundancia. No le preocupan los tiempos de sequía y de aridez (las crisis y vicisitudes de la vida y de la historia), porque sabe que Dios no le falla; y, con una confianza y una esperanza que nunca le serán negadas, podrá seguir produciendo frutos verdaderos, frutos de vida.

Probablemente hay aquí una advertencia para Judá: si el pueblo confía en el Señor y vive según Sus instrucciones, echará sus raíces permanentemente en la Tierra Prometida, donde hay vida abundante; pero si Judá persiste en ignorar a Dios, será desarraigado de su tierra y experimentará la dolorosa experiencia del exilio en tierra extranjera.

ACTUALIZACION

*Solo vivimos una vez. No podemos arriesgarnos a fracasar en nuestra existencia. Nuestra vida es un capital demasiado importante como para desperdiciarlo. Por lo tanto, tenemos que elegir cuidadosamente nuestras apuestas, las cantidades que invertimos, las elecciones que hacemos. Sin embargo, las cosas no siempre están claras y definidas. Hay mucha confusión en nuestro mundo y muchos intereses en conflicto: hay cosas que nos ofrecen como oro, pero que no son más que un metal sin valor; hay caminos que nos dicen que conducen a la felicidad y a la plenitud, pero que al final no nos llevan a ninguna parte; hay inversiones que nos presentan como “garantizadas”, pero que al final nunca nos aportan ningún rendimiento. ¿Sobre qué fundamentos debemos fundamentar nuestra vida para que valga la pena? ¿Qué significa construir nuestra existencia sobre roca sólida? ¿Qué valores no podemos renunciar para que nuestra vida no sea un fracaso?

* «*Maldito el hombre que confía en el hombre, que en él pone su fuerza y aparta del Señor su corazón.*» nos dice Jeremías. ¿Las palabras de Jeremías pretenden recomendar que no confiemos en las personas que nos rodean? ¿Son estas palabras que brotan de la amarga experiencia de alguien que se sintió traicionado por las personas en las que confiaba y que ahora desconfía de todo y de todos? No. Las palabras de Jeremías son sólo una advertencia para no poner nuestra esperanza y seguridad en las realidades humanas, que son siempre falibles y siempre efímeras. Son palabras que tienen sentido: las relaciones personales se desgastan, la seguridad humana que construimos falla, nuestros bienes materiales se evaporan, nuestras certezas se hacen añicos por el choque con realidades que las contradicen. ¿En qué realidades hemos puesto nuestra confianza y esperanza? ¿No son realidades con una “vida útil” limitada? ¿Podemos construir firmemente nuestras vidas sobre ellas?

*«*Bendito el hombre que confía en el Señor y en él pone su esperanza.*», nos dice Jeremías. El profeta está convencido de que Dios siempre es fiel y nunca nos fallará. Podemos confiar en su bondad, en su perdón, en su misericordia, en su amor de Padre; podemos confiar en sus palabras, que nos indican caminos válidos para alcanzar la vida verdadera; Podemos ponernos confiadamente en sus manos y confiar en Él, así como un niño pequeño confía en su padre o en su madre. ¿Confiamos en Dios de esta manera? ¿Es en sus manos que ponemos nuestras vidas? ¿Es Dios nuestra mejor apuesta, nuestra seguridad, nuestra máxima esperanza?

Salmo 1

R. Dichoso el hombre que confía en el Señor.

Dichoso aquel que no se guía
por mundanos criterios,
que no anda en malos pasos
ni se burla del bueno,
que ama la ley de Dios
y se goza en cumplir sus mandamientos. R.

R. Dichoso el hombre que confía en el Señor.

Es como un árbol plantado junto al río,

que da fruto a su tiempo
y nunca se marchita.

En todo tendrá éxito. R.

R. Dichoso el hombre que confía en el Señor.

En cambio los malvados
serán como la paja barrida por el viento.

Porque el Señor protege el camino del justo
y al malo sus caminos acaban por perderlo. R.

R. Dichoso el hombre que confía en el Señor

1Corintion 15,12.16-20

Hermanos: Si hemos predicado que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de ustedes andan diciendo que los muertos no resucitan? Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, es vana la fe de ustedes; y por lo tanto, aún viven ustedes en pecado, y los que murieron en Cristo, perecieron. Si nuestra esperanza en Cristo se redujera tan sólo a

las cosas de esta vida, seríamos los más infelices de todos los hombres. Pero no es así, porque Cristo resucitó, y resucitó como la primicia de todos los muertos. Palabra de Dios.

AMBIENTE

La ciudad de Corinto, situada a unos 10 kilómetros del istmo de Corinto, servida por dos puertos marítimos, fue una de las grandes ciudades del Mediterráneo. Fue también uno de los grandes centros de la cultura griega: sin tener la fama de Atenas, contó sin embargo con un gran número de poetas, filósofos, oradores y médicos; todas las escuelas filosóficas y todas las culturas estaban representadas en la ciudad. Corinto era, además de todo esto, un centro religioso donde estaban representados todos los cultos y religiones. El culto principal giraba en torno a Afrodita, diosa del amor, que tenía un gran santuario en la acrópolis de la ciudad. El culto a Apolo también fue muy importante. También se veneraban a varias deidades extranjeras, como Isis y Serapis. Había numerosos grupos religiosos, o “*Thiasoi*”, con un líder a la cabeza. Las religiones orientales y las religiones místicas estaban representadas en el universo religioso de Corinto.

Cuando el Evangelio llegó a Corinto, traído por Pablo (durante su segundo viaje misionero), él se encontró con toda esta realidad. Sin embargo, el cristianismo proponía valores muy diferentes a los que conocían los corintios. El choque de los valores cristianos con la realidad de la cultura grecorromana era inevitable.

Una de las ideas cristianas que encontró resistencia entre los corintios fue la resurrección de los muertos. Muchos griegos, influenciados por las filosofías dualistas que estaban muy en boga (notablemente la filosofía platónica), veían el cuerpo como una realidad negativa y el alma como una realidad ideal y noble; y desde entonces se negaron a aceptar la resurrección completa del hombre. ¿Cómo podría el cuerpo —una realidad material, carnal, sensual, que aprisionaba al alma y le impedía elevarse al mundo ideal— seguir al alma en ese mundo luminoso hacia el cual ésta tendía?

Pablo tuvo que abordar esta cuestión que dividía a los corintios. Lo hizo en la primera carta que les dirigió (cf. 1 Co 15). Después de todo, la resurrección estaba en el corazón de la fe cristiana. Pablo comienza hablando a los corintios de la resurrección de Cristo, realidad sin la cual todo el edificio cristiano se derrumba (cf. 1 Co 15,1-11); Luego continúa afirmando la resurrección de todos aquellos que se adhieren a Cristo y reciben la vida de Él.

MENSAJE

La resurrección de Cristo —el llamado “Evangelio” (cf. 1 Co 15,1-11) que Pablo recibió de la tradición apostólica y que transmitió a sus “hijos” de Corinto— no fue cuestionada por los miembros de la comunidad cristiana. Lo que causó problemas a los cristianos de Corinto fue la resurrección de los hombres. ¿Cómo se podría hablar de resurrección del hombre en su totalidad, dado que el “cuerpo” humano es una realidad material, sensible y carnal, que no podría tener cabida en el mundo de Dios?

Pablo, ajeno al dualismo de la filosofía griega respecto a la realidad del hombre, no hace distinciones entre “alma” y “cuerpo”. Su razonamiento es lineal. ¿No resucitó Cristo? Ahora bien, si los corintios admiten la resurrección de Cristo, deben admitir también la resurrección de los hombres (v. 12). La fe en Cristo resucitado conduce inexorablemente a la esperanza inquebrantable de que también los cristianos resucitarán. También es cierto lo contrario: no esperar la resurrección de los muertos equivale a no creer en la resurrección de Cristo (v. 16). Pablo continúa enumerando las consecuencias fatales que se derivarían para la vida cristiana si Cristo no hubiera resucitado: la fe que anima la existencia cristiana, la liberación de la esclavitud del pecado, la salvación que todos esperan no tendrían ningún sentido y los cristianos serían engañados, personas ridículas, «*los más miserables de todos los hombres*» (vv. 17-19). Pero Pablo está absolutamente seguro de que los cristianos no somos un rebaño de engañados... Desde la resurrección de Cristo, podemos creer en esta vida plena que Dios reserva a todos los que le aman. Es esta certeza la que da sentido al camino que el cristiano recorre en este mundo.

Al llegar aquí, Pablo se detiene para lanzar un grito alegre de fe y esperanza: «*Cristo resucitó, y resucitó como la primicia de todos los muertos*» (v. 20). Jesús resucitó no como el único caso excepcional, sino como el primero de una larga cadena de la que formamos parte. Este “primero” no debe entenderse en

sentido cronológico, sino en el sentido de que Cristo es el principio activo de nuestra resurrección, el principio que genera esta nueva humanidad sobre la que las fuerzas de la muerte no tienen poder. Arrastra tras Sí a la humanidad, en solidaridad con Él, hasta la plena realización, la vida definitiva, la salvación total.

ACTUALIZACION

*Hay preguntas que, tarde o temprano, no podemos dejar de plantearnos... ¿Cuál es el sentido último de nuestra vida? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué nos espera al final del camino (¡siempre tan corto!) que recorrimos aquí en la tierra? ¿Estamos condenados a la nada, a la desaparición absoluta, o nos espera una existencia nueva, totalmente diferente? Pablo, después de conocer la resurrección de Cristo, su victoria sobre la muerte cree firmemente que estamos destinados a la resurrección, a una vida nueva y definitiva, inmersos en el amor de Dios. Cristo abrió las puertas a esta nueva vida que nos espera, para el encuentro definitivo con el amor de Dios. Si esta vida futura no existiera, seríamos “los más miserables de todos los hombres” y nuestra fe carecería de sentido – dice Pablo. ¿Cómo vivimos y sentimos todo esto? ¿En el horizonte de nuestra existencia está la certeza del encuentro con el Amor, con la vida nueva que Dios ofrece a sus hijos amados?

*La forma en que contemplamos nuestro horizonte final probablemente afectará la forma en que abordamos la vida cotidiana. Será diferente para nosotros caminar atados a una sentencia de “muerte definitiva”, después de algunos años de trabajo y vicisitudes interminables, o caminar con la mirada puesta en un horizonte de vida ilimitada, en el encuentro con el amor de Dios. ¿Cómo afecta la fe en la resurrección de los muertos a nuestra vida presente? ¿Esto cambia nuestra perspectiva sobre las cosas, los valores que cultivamos, las apuestas que hacemos, los comportamientos que adoptamos? ¿Nos ayuda esto a vivir con más alegría y más esperanza?

*¿Vivir con la mirada puesta en la nueva vida que nos espera en Dios implicará renunciar a las cosas buenas y bellas de este mundo? No. El plan de Dios para nosotros es que tengamos vida en abundancia, no sólo en el mundo venidero, sino incluso mientras todavía caminamos en la tierra. Sin embargo, nuestra realización y nuestra felicidad, ya aquí en la tierra, dependen de que tomemos las decisiones correctas. Hay formas de vivir que no nos llenan; hay apuestas que sólo nos traen decepción y vacío; hay elecciones que nos llevan por un camino donde la vida y la felicidad no están. Podemos abrazar, a lo largo de nuestro camino en esta tierra, las cosas buenas y bellas que nos dan la verdadera vida y que no nos alejan de Dios y de su amor. ¿Es así como buscamos construir nuestro camino mientras caminamos aquí en la tierra?

*El miedo a la muerte puede destruir irreparablemente nuestra existencia. Puede paralizarnos, limitar nuestras opciones, hacernos vivir escondidos, impedirnos luchar contra el mal, la mentira y el pecado que desfigura el mundo. Pero cuando sabemos que estamos destinados a la resurrección, el miedo a la muerte ya no nos domina; podemos comprometernos en la lucha por la justicia y la paz, con la certeza de que la injusticia y la opresión no pueden acabar con la vida que nos inspira; y es en la medida en que nos comprometemos con este mundo nuevo y lo construimos con gestos concretos que anunciamos la resurrección plena del mundo, de los hombres y de las cosas. ¿La certeza de la resurrección es para mí una certeza liberadora, que me ayuda a vivir con valentía y a asumir mi compromiso de construir un mundo más justo y más humano?

Lucas 6,17.20-26

En aquel tiempo, Jesús descendió del monte con sus discípulos y sus apóstoles y se detuvo en un llano. Allí se encontraba mucha gente, que había venido tanto de Judea y de Jerusalén, como de la costa de Tiro y de Sidón.

Mirando entonces a sus discípulos, Jesús les dijo:

“Dichosos ustedes los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios.

Dichosos ustedes los que ahora tienen hambre, porque serán saciados.

Dichosos ustedes los que lloran ahora, porque al fin reirán.

Dichosos serán ustedes cuando los hombres los aborrezcan y los expulsen de entre ellos, y cuando los insulten y maldigan por causa del Hijo del hombre. Alégrese ese día y salten de gozo, porque su

*recompensa será grande en el cielo. Pues así trataron sus padres a los profetas.
 Pero, ¡ay de ustedes, los ricos, porque ya tienen ahora su consuelo!
 ¡Ay de ustedes, los que se hartan ahora, porque después tendrán hambre!
 ¡Ay de ustedes, los que ríen ahora, porque llorarán de pena!
 ¡Ay de ustedes, cuando todo el mundo los alabe, porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas!” Palabra del Señor.*

AMBIENTE

Después de haber presentado su “programa” pastoral en la sinagoga de Nazaret (“*anunciar la Buena Nueva a los pobres*”, “*proclamar la libertad a los cautivos*”, “*abrir los ojos a los ciegos*”, “*devolver la libertad a los oprimidos*”, “*proclamar el año de gracia del Señor*” – Lc 4,18-19), Jesús caminó por Galilea hablando de la llegada del Reino de Dios. Los dirigentes judíos –especialmente los fariseos y los doctores de la ley– adoptaron desde el principio una actitud crítica respecto al proyecto de Jesús (cf. Lc 5,21-25.33-39; 6,11); pero muchas otras personas escuchaban a Jesús con entusiasmo y lo buscaban cada día. Un grupo de discípulos se formó rápidamente alrededor de Jesús. Estaban aquellos a quienes Él había llamado – como Simón Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Mateo (cf. Lc 5,10-11.27-28) – y había otros que habían venido por su propia cuenta a escucharlo y que habían permanecido con Él. Un día, después de haber pasado la noche en oración en la cima de un monte, Jesús elige a Doce entre estos discípulos y los designa «apóstoles» (cf. Lc 6,12-16). Estos Doce serán el núcleo de la comunidad de Jesús, aquellos en quienes Jesús se apoyó y con quienes contó de manera especial.

Después de haber elegido a los Doce, Jesús bajó a la llanura. Lo acompañaban sus discípulos y mucha gente llegada «*de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón*» (Lc 6,17) para escucharle y curarse de sus enfermedades. En esta circunstancia, Jesús dio una larga «instrucción», que llegó a ser conocida como el «sermón de la llanura» (cf. Lc 6, 20-49). En esta “instrucción” hablaba a quienes le rodeaban de la liberación que traía y del camino que debían seguir todos aquellos que quisieran unirse a la comunidad del Reino. El Evangelio que nos propone la liturgia de este sexto domingo del Tiempo Ordinario nos presenta el inicio de esta “instrucción”: las “bienaventuranzas”.

El evangelista Mateo nos presenta también un discurso de Jesús que comienza con las «bienaventuranzas» (cf. Mt 5,1-7,29). En la versión de Mateo, sin embargo, este discurso se da en la cima de una montaña y no en la llanura; y no implica “maldiciones”. La versión de Lucas es significativamente más corta. Lucas suprime en su texto muchos elementos típicamente judíos que no eran significativos para las comunidades culturales griegas a las que se dirigía su evangelio.

Las “bienaventuranzas”, género literario utilizado aquí, aparece con frecuencia en la literatura egipcia y griega. En su base está la idea de que la divinidad puede pronunciar palabras poderosas, palabras que, una vez pronunciadas, tienen el poder de actuar en la vida de los individuos y las comunidades. En el caso de la “bienaventuranza”, la palabra actúa de manera positiva, siendo fuente de vida, bendición y felicidad. A menudo, junto a las “bendiciones” aparecen también las “maldiciones”. Una “maldición” es una imprecaación o amenaza dirigida a un enemigo o a alguien que se comporta de una manera que se considera incorrecta. A menudo comienza con la palabra “ay”: evoca el mundo aterrador de la muerte, la desgracia y la infelicidad de la persona que es objeto de la “maldición”.

MENSAJE

Lucas comienza este “discurso en la llanura” –dirigido a los discípulos de todas las épocas– con cuatro bienaventuranzas (en Mateo, las “bienaventuranzas” son ocho). Los llamados “bienaventurados” son los pobres (v. 20b), los que tienen hambre (v. 21a), los que lloran (v. 21b), los que son perseguidos (v. 22-23).

¿Quiénes son los “pobres” (“*ptôchos*”) ? La palabra griega utilizada por Lucas traduce varios términos hebreos (“*anawim*”, “*dallim*”, “*ebionim*”) que, en el Antiguo Testamento, definen a una clase de personas privadas de bienes y a merced de la arrogancia de los ricos y poderosos; son ellos los desprotegidos, los explotados, los pequeños y sin voz, los que son víctimas de la injusticia, los que se ven despojados de sus derechos y de su dignidad por la arbitrariedad de los grandes. Pero la palabra no define un contexto

meramente sociológico: “pobres” serán también aquellos que, privados de todo, ponen su confianza en Dios y se ponen con confianza en sus manos. Se considera, quizás un tanto ingenuamente, que aquellos que no tienen seguridad humana están más disponibles para recibir los dones de Dios.

“Los que tienen hambre” son aquellos que no tienen el pan de cada día para sí y sus familias; pero son también todos aquellos que, excluidos y desatendidos, no tienen un lugar en la mesa del banquete donde sus hermanos sacian su hambre de vida. Son aquellos que, en todo caso, viven en una situación de necesidad. Dios les proveerá el alimento que necesitan para que tengan vida en abundancia.

“Los que lloran” son aquellos que viven inmersos en un dolor infinito e incurable: los enfermos incurables, las víctimas de todas las injusticias, aquellos que son heridos por el egoísmo y la maldad de sus hermanos. Para ellos el mundo es un valle de lágrimas y sus días transcurren en tristeza y desaliento. Dios enjugará las lágrimas amargas que fluyen de sus corazones doloridos.

¿Quiénes son “los perseguidos”? Lucas usa cuatro palabras para definir lo que les sucede: son odiados (“*miseo*”), rechazados (“*aphorizo*”), insultados (“*oneidizo*”) y tildados de infames (“*poneron*”). Son víctimas de la intolerancia y del desprecio de sus hermanos por sus convicciones y su modo de acoger el Evangelio de la verdad. Su sufrimiento los sitúa en la línea de los profetas; pero Dios les dará la razón y les hará triunfar sobre sus detractores.

A todos aquellos que sufren, Jesús les promete que su triste situación cambiará. Conocerán la felicidad, porque la llegada del Reino de Dios introducirá un nuevo dinamismo en el mundo. El sufrimiento que conocen y que los ahoga será superado. Mediante la acción de Jesús, Dios proporcionará a todos sus hijos amados el encuentro con una vida nueva y plenamente realizada. El Dios que una vez liberó a su pueblo del cautiverio egipcio está decidido a continuar su obra salvadora en favor de sus hijos que sufren. El Dios que actúa en Jesús es el Dios liberador y salvador del Éxodo.

En el lado opuesto están los ricos (v. 24), los satisfechos (v. 25a), los que ríen (v. 25b), los alabados por todos (v. 26). «¡Ay de ustedes!», les dice Jesús. La exclamación “Ay” con la que comienza cada una de las “maldiciones” es equivalente a las lamentaciones utilizadas en un contexto funerario. Es una exclamación de dolor y piedad dicha por alguien que contempla una realidad y lamenta la desgracia que de ella resultará. La expresión aparece con frecuencia en las advertencias de los profetas (cf. Is 5, 8-23; Hab 2,6-19; Am 6, 1; Sir 2,12-14).

Los “ricos” son aquellos que tienen abundancia de dinero y que ponen toda su esperanza y seguridad en los bienes materiales. Piensan que no necesitan a Dios, porque el dinero les ofrece todo lo que necesitan para una vida de tranquilidad y bienestar. De hecho, son prisioneros de los bienes que han deificado; y nunca alcanzarán una vida feliz y plenamente realizada.

Los “saciados/hartos” son aquellos que no sólo tienen suficiente pan, sino que tienen abundancia de todas las cosas buenas que la vida tiene para ofrecer. “Con el estómago lleno”, decididos a disfrutar de la vida, tienden a olvidarse de Dios y de sus hermanos. Piensan que el hambre en el mundo no les concierne. Llegará el momento en que se verán privados de lo que ahora les queda; entonces considerarán que su vida ha perdido todo sentido y lamentarán su desgracia.

“Los que ríen ahora” son aquellos que viven permanentemente en fiesta y se burlan de las lágrimas de sus hermanos. El verbo utilizado (“*gelao*”) puede traducir la idea de “burlarse de la miseria” de los demás (cf. Lm 1,7). Jesús les asegura que esa risa sarcástica y desdeñosa desaparecerá de sus labios cuando se den cuenta de que están fuera de la comunidad del Reino.

Los “alabados” por todos no son aquellos a quienes todos aprecian por su bondad e integridad; son ellos, en este contexto, los que hacen todo lo posible para ser populares, a menudo a costa de la verdad y de su propia dignidad. Son aquellos que intercambian valores consistentes y duraderos por unos minutos de fama y aplausos. Construirán sus vidas sobre arena y pronto se derrumbarán, serán abandonados y olvidados.

En el discurso de las “bienaventuranzas”, Jesús invierte completamente la escala de valores que predomina en nuestro mundo. Según Jesús, los ricos, los que son admirados, los que parecen tenerlo todo para ser felices, pueden fracasar completamente en su intento de construir una vida con sentido; mientras que los pobres, los pequeños, los que nunca obtienen reconocimiento social, aquellos a quienes el mundo desprecia y etiqueta como “fracasados”, son, a los ojos de Dios, los ganadores, los que podrán construir una vida

feliz y plenamente realizada. La lógica de Dios está infinitamente distante de la lógica que gobierna el mundo y los hombres.

Las “bienaventuranzas” nos hacen conocer también el “corazón” de Dios. Nos muestran que Dios siempre ha tenido y siempre tendrá “un punto débil” para los pobres y despreciados. No porque sean mejores y más santos; pero porque necesitan, más que otros, ser acompañados y sostenidos por el amor misericordioso de Dios.

Contexto de entonces y de hoy:

Lucas presenta la enseñanza de Jesús en una revelación progresiva. Primero, hasta el versículo 6,16, Lucas dice muchas veces que Jesús enseñaba, pero no dice nada sobre el contenido de su enseñanza (Lc 4,15.31-32.44; 5,1.3.15.17; 6,6). Ahora, después de haber informado que Jesús vio una multitud deseosa de abrirse a la palabra de Dios, Lucas coloca el primer discurso. El discurso no es largo, pero sí muy significativo. Quien lo lee desprevenido, tiene casi miedo. ¡Parece una terapia de robo! La primera parte del discurso (Lc 6,20-38) comienza con un provocante contraste: “¡Dichosos ustedes los pobres!” “¡Ay de ustedes los ricos!” (Lc 6,20-26); Jesús ordena amar a los enemigos (Lc 6, 27-35); pide imitar a Dios en su misericordia (Lc 6,36-38). La segunda parte (Lc 6,39-49) dice que ninguno puede considerarse superior a los demás (Lc 6,39-42); el árbol bueno da frutos buenos, el árbol malo da frutos malos (Lc 6,43- 45); no ayuda a la persona el esconderse bajo bellas palabras u oraciones, lo que importa es poner en práctica la palabra (Lc 6,46-49).

COMENTARIO DEL TEXTO:

Lucas 6,17: Coloca la acción de Jesús en el tiempo y en el espacio

Jesús ha pasado la noche en oración (Lc 6,12) y ha escogido a los doce, a los que ha dado el nombre de apóstoles (Lc 6,13-16). Ahora Él desciende de la montaña junto con los doce. Una vez que ha llegado a la llanura encuentra a dos clases de personas: un grupo numerosos de discípulos y una inmensa multitud de personas que han llegado de toda la Judea, de Jerusalén, de Tiro y de Sidón.

Lucas 6,18-19: La muchedumbre que busca a Jesús

La muchedumbre se siente desorientada y abandonada y busca a Jesús por dos motivos: quiere escuchar su palabra y quiere ser curada de sus males. Fue curada mucha gente, poseídas de espíritus inmundos. La gente trata de tocar a Jesús, porque se da cuenta de que en Él hay una fuerza que hace bien y cura a las personas. Jesús acoge a todos los que lo buscan. Entre la muchedumbre hay judíos y extranjeros. ¡Este es uno de los temas preferidos de Lucas!

Lucas 6,20-23: Las cuatro bienaventuranzas

*** Lucas 6,20: ¡Dichosos ustedes los pobres!**

“Levantando los ojos sobre los discípulos”, Jesús declara: “¡Dichosos ustedes los pobres, porque suyo es el Reino de Dios!” Esta primera bienaventuranza identifica la categoría social de los discípulos de Jesús. Ellos son ¡los pobres! Y Jesús les garantiza: “¡Suyo es el Reino de los cielos!”. No es una promesa que mira al futuro.

El verbo está en presente. ¡*El Reino está ya en ellos!* Aun siendo pobres, ellos son ya felices. El Reino no es un bien futuro. Existe ya en medio de los pobres.

En el Evangelio de Mateo, Jesús explica el sentido y dice: “¡Dichosos los pobres en ‘el Espíritu!’” (Mt 5,3). Son los pobres que tienen el Espíritu de Jesús. Porque hay pobres que tienen el espíritu y la mentalidad de los ricos. Los discípulos de Jesús son pobres y tienen la mentalidad de pobres. También ellos como Jesús, no quieren acumular, sino que asumen la pobreza y, como Jesús, luchan por una convivencia más justa, donde exista la fraternidad y el compartir de bienes, sin discriminación.

*** Lucas 6, 21: ¡Dichosos ustedes los que ahora tienen hambre, dichosos ustedes los que ahora lloran!**

En la segunda y tercera bienaventuranza Jesús dice: “¡Dichosos ustedes los que ahora tienen hambre, porque serán saciados! ¡Dichosos ustedes los que ahora lloráis porque reirán!” La primera parte de estas frases está en presente, la segunda en futuro. Lo que ahora vivamos y suframos no es definitivo. Lo que es definitivo será el Reino que estamos construyendo hoy con la fuerza del Espíritu de Jesús. Construir el reino supone sufrimiento y persecución, pero una cosa es cierta: el Reino llegará y “¡ustedes serán sacia-

dos y reirán!” El Reino es a la vez una realidad presente y futura. La segunda bienaventuranza evoca el cántico de María: “Colmó de bienes a los hambrientos” (Lc 1,53). La tercera evoca al profeta Ezequiel que habla de las personas que “suspiran y lloran por todas las abominaciones” realizadas en la ciudad de Jerusalén (Ez 9,4; cf Sl 119,136).

*** Lucas 6,23: ¡Dichosos ustedes, cuando los hombres los odien...!**

La cuarta bienaventuranza se refiere al futuro: “*¡Dichosos ustedes cuando los hombres los odien y los metan en prisión por causa del Hijo del Hombre! ¡Alégrense aquel día y gocen porque grande será su recompensa, porque así fueron tratados los profetas!*”. Con estas palabras de Jesús, Lucas indica que el futuro anunciado por Jesús está por llegar. Y estas personas están en el buen camino.

Lucas 6,24-26: Las cuatro amenazas

Después de las cuatro bienaventuranzas a favor de los pobres y marginados, siguen cuatro amenazas contra los ricos, los que están saciados, los que ríen, los que son alabados por todos. Las cuatro amenazas tienen la misma forma literaria que las cuatro bienaventuranzas. La primera está en presente. La segunda y la tercera tienen una parte en presente y otra en futuro. La cuarta se refiere totalmente al futuro. Estas cuatro amenazas se encuentran en el Evangelio de Lucas y no en el de Mateo. Lucas es más radical en denunciar la injusticia.

*** Lucas 6,24: ¡Ay de ustedes los ricos!**

Delante de Jesús, en aquella llanura, hay sólo gente pobre y enferma, venida de todos los lados (Lc 6,17-19). Pero delante de ellos Jesús dice: “*¡Ay de ustedes los ricos!*”. Al transmitir estas palabras de Jesús, Lucas está pensando en las comunidades de su tiempo, hacia fines del primer siglo. Había ricos y pobres, había discriminación contra los pobres por parte de los ricos, discriminación que marcaba también la estructura del Imperio Romano (cf. Sgo 2,1-9; 5,1-6; Ap 3,15-17). Jesús critica duramente y directamente a los ricos: “*¡Ustedes ricos, ya tienen su consuelo!*” Es bueno recordar lo que Jesús dice en otro momento respecto a los ricos. No creen mucho en la conversión (Lc 18,24-25). Pero cuando los discípulos se asustan, Él dice que nada es imposible para Dios (Lc 18,26-27).

*** Lucas 6,25: ¡Ay de vosotros los que ahora ríen!**

“*Ay de ustedes los que ahora están hartos, porque tendrán hambre! ¡Ay de ustedes los que ahora ríen, porque serán afligidos y llorarán!*” Estas dos amenazas indican que para Jesús la pobreza no es una fatalidad, ni mucho menos el fruto de prejuicios, sino el fruto de un enriquecimiento injusto por parte de los otros. También aquí es bueno recordar las palabras del cántico de María: “Despidió a los ricos vacíos” (Lc 1,53)

*** Lucas 6,26: ¡Ay de ustedes cuando todos los hombres digan bien de ustedes!**

“*¡Ay de ustedes cuando todos los hombres digan bien de ustedes, del mismo modo hacían sus padres con los falsos profetas!*” Esta cuarta amenaza se refiere a los judíos, o sea, a los hijos de aquéllos que en el pasado elogiaban a los falsos profetas. Citando estas palabras de Jesús, Lucas piensa en algunos judíos convertidos de su tiempo que se servían de su prestigio y de su autoridad para criticar la apertura hacia los paganos. (cf Act 15,1.5).

Ampliando informaciones: Las bienaventuranzas de Lucas

Las dos afirmaciones “*¡Dichosos ustedes los pobres!*” y “*¡Ay de ustedes los ricos!*” mueven a los que escuchan a hacer una elección, una opción a favor de los pobres. En el Antiguo Testamento, diversas veces Dios pone al pueblo delante de una elección de bendición o maldición. Al pueblo se le dará la libertad de escoger: “*Yo te he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, por tanto, la vida para que viva tú y tu descendencia*” (Dt 30,19). No es Dios quien condena. Es el pueblo mismo quien escoge la vida o la muerte, depende de su posición delante de Dios y de los otros. Estos momentos de elección son momentos de visita de Dios a su pueblo (Gén 21,1; 50,24-25; Éx 3,16; 32,34; Jr 29,10; Sal 59,6; Sal 65,10; Sal 80,15; Sal 106,4). Lucas es el único evangelista que se sirve de esta imagen de la visita de Dios (Lc 1,68.78; 7,16; 19,44). Para Lucas Jesús es la visita de Dios que pone a la multitud ante una elección de bendición o maldición “*¡Dichosos ustedes, los pobres!*” y “*¡Ay de ustedes, los ricos!*”. Pero la gente no reconoce la visita de Dios (Lc 19,44).

El mensaje de Lucas para los paganos convertidos

Las bienaventuranzas y las amenazas forman parte de un discurso. La primera parte del discurso está dirigido a los discípulos (Lc 6,20). La segunda parte está dirigida a “ustedes los que me escuchan (Lc 1,27), o sea, a aquella multitud inmensa de pobres y enfermos, llegada de todas partes (Lc 6,17-19). Las palabras que Jesús dirige a esta muchedumbre son exigentes y difíciles: “amen a sus enemigos” (Lc 6,27), “bendigan a aquéllos que los maldicen” (Lc 6,28), “a quien te hiera en la mejilla ofrécele la otra” (Lc 6,29) “a quien te quite el manto, no le impidas tomar la túnica” (Lc 6,29).

Tomadas literalmente, estas palabras pueden favorecer a los ricos, porque lo peor es siempre para el pobre. Y estas palabras parecen decir lo contrario del mensaje de las bienaventuranzas y de las amenazas que Jesús había comunicado antes a sus discípulos.

Pero no pueden tomarse literalmente, ni siquiera lo ha hecho Jesús: Cuando el soldado le hiere en su rostro, no ofrece su mejilla, sino que reacciona con firmeza: “*Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero si no, ¿por qué me hieres?*” (Jn 18,22-23). Entonces ¿cómo entender estas palabras? Dos frases ayudan a entender lo que estas palabras quieren enseñar. La primera frase: “*¡Lo que quieran que les hagan los hombres, háganlo ustedes a ellos!*” (Lc 6,31) La segunda frase: “*¡Sean misericordiosos, como es misericordioso su Padre!*” Jesús no pretende cambiar simplemente algo, porque nada cambiaría. Él quiere cambiar el sistema. La novedad que Jesús quiere construir viene de la nueva experiencia que tiene de Dios, Padre lleno de ternura que acoge a todos. Las palabras de amenazas contra los ricos no pueden ser ocasión de venganza por parte de los pobres. Jesús ordena el tener una conducta contraria: “*¡Amen a sus enemigos!*” El verdadero amor no puede depender de lo que recibo del otro. El amor debe querer el bien del otro independientemente de lo que el otro haga por mí. Porque así es el amor de Dios para con nosotros.

El discurso de la montaña, el discurso de la llanura

En el Evangelio de Lucas, Jesús desciende de la montaña y se para en una llanura para hacer el discurso (Lc 6,17). Por esto algunos lo llaman el “sermón de la llanura”. En el Evangelio de Mateo, este mismo discurso se hace sobre la montaña (Mt 5,1) y es llamado “el sermón de la montaña”. Porqué Mateo intenta presentar a Jesús como el nuevo legislador, el nuevo Moisés. Fue sobre la montaña donde Moisés recibió la ley (Éx 19,3-6; 31,18; 34,1-2). Y es sobre la montaña donde recibimos la nueva ley de Jesús.

ACTUALIZACION

- Dos mil años después de que Jesús pronunciara el “sermón de la llanura”, las “bienaventuranzas” siguen resonando en nuestros oídos de un modo extraño y paradójico. Nos dejan perplejos y algo desconcertados, pues apuntan en una dirección que parece ir contra el sentido común. Parecen subvertir toda nuestra lógica y contradecir todo lo que sabemos sobre el éxito y el fracaso. Son un desafío que amenaza todas nuestras certezas y seguridades, nuestra sabiduría convencional y nuestra organización social. ¿Podrían ser realmente un camino hacia la felicidad y la plena realización humana? ¿Tiene razón Jesús cuando asegura que la verdadera felicidad se puede alcanzar por caminos completamente distintos a los que propone la sociedad actual? ¿Las “bienaventuranzas” son una excusa para los fracasos, un discurso para quienes no tienen el coraje de competir, de afirmarse, de triunfar, o serán un modo de construir un mundo diferente, más justo, más humano y más fraterno? ¿Nuestro mundo ganaría algo si abandonáramos la competitividad y la lucha feroz por el éxito humano y decidiéramos vivir en la lógica de la “bienaventuranza”? ¿Seríamos más libres y felices si renunciáramos a ciertos valores que la sociedad impone y empezáramos a vivir según los valores propuestos por Jesús?

- Jesús dijo: “*Bienaventurados ustedes los pobres*”; y, por otra parte, “*¡Ay de ustedes los ricos!* porque ya han recibido su consuelo”. ¿Será que Dios, después de poner a nuestra disposición bienes materiales, cambió de opinión y vino a pedirnos que escogiéramos la privación, la pobreza, la miseria? Por supuesto que no. Dios quiere que tengamos lo necesario para vivir con dignidad; pero no quiere que conservemos para nuestro uso exclusivo los bienes que pertenecen a todos. Dios quiere vernos caminar sin privaciones y sin carencias; pero Él no quiere que adoremos el dinero y seamos esclavos de cosas que son meramente incidentales. Dios quiere que tengamos consuelo y bienestar; pero no quiere que ignoremos la miseria y la indigencia en que vive una quinta parte de la humanidad. ¿Cómo manejamos los bienes materiales? ¿Son nuestra prioridad? ¿Nos esclavizan y nos absorben de tal manera que nos roban nuestra libertad?

¿Admitimos que los bienes que Dios ha puesto en nuestras manos pertenecen a todos los hijos e hijas de Dios?

•Jesús dijo: *“Bienaventurados los que ahora tienen hambre”*; y, por otra parte, *“¡ay de ustedes que ahora estáis saciados!”* El “hambre” – de pan, de paz, de amor, de libertad, de acceso a la educación, a la salud, a una vida digna – que afecta dramáticamente a tantos hermanos y hermanas nuestros no es una realidad inevitable, a la luz del plan de Dios sobre el mundo y sobre la humanidad. El “hambre” es una realidad que nos avergüenza y que no podemos aceptar. Existe porque muchas veces, cómodamente instalados en nuestro bienestar (“satisfechos”), no queremos saber de nuestros hermanos que sufren todo tipo de necesidades. Insensibles y complacientes, giramos la cara hacia un lado para no ser cuestionados por el “hambre” del mundo. ¿Nos sentimos responsables del “hambre” que hace sufrir a tantos hermanos nuestros? ¿Qué podemos hacer para aliviarlo?

•Jesús dijo: *“Bienaventurados los que ahora lloran”*; y, a cambio, *“¡ay de ustedes que ríen ahora!”*. ¿Tiene Dios algo contra la alegría y la risa? Por supuesto que no. La felicidad de Dios es ver a sus hijos inmersos en la verdadera alegría y felicidad sin sombras. Lo que Dios desaprueba es la posición de aquellos que continúan riendo y disfrutando la vida sin querer saber de las tristezas y lágrimas de sus hermanos; Lo que Dios desaprueba es la risa sarcástica de quienes ven a sus hermanos caídos a la orilla del camino de la vida y los miran con el desprecio que sienten los vencedores por los vencidos. ¿Nos sentimos solidarios con nuestros hermanos que sufren y lloran? ¿Qué hacemos para secar sus lágrimas y sanarlos de su sufrimiento?

•Jesús dijo: *“Bienaventurados serán ustedes cuando los hombres los aborrezcan y los expulsan de entre ellos, y cuando los insulten y maldigan por causa del Hijo del hombre”*; y, a cambio, *“¡Ay de ustedes, cuando todo el mundo los alabe!”* ¿Qué hay de malo en ser reconocidos y elogiados por quienes saben quiénes somos y qué hacemos? Ninguno. Lo que puede ser malo es “vender nuestra alma al diablo” para ganar reconocimiento y aplausos; lo que puede ser malo es renunciar a nuestros principios para tener el aplauso de nuestros conciudadanos; lo que puede ser malo es ceder a la corrección social para avanzar en el camino del éxito; Lo que puede ser malo es que “suavicemos” las exigencias de Jesús de ser “moderno” y popular. ¿Somos capaces de renunciar a nuestros valores para ser admirados y aplaudidos por los hombres?

•Las “bienaventuranzas” nos ofrecen un bello retrato del corazón paterno y maternal de Dios. Nos aseguran que Dios es sensible al sufrimiento de sus hijos y que siente un cariño especial por los que más sufren. Él siempre está disponible para consolar a los heridos y dolidos y ayudarlos a salir de su triste situación. ¿Cómo vemos y sentimos esta “sensibilidad” de Dios por los más frágiles y pequeños? ¿Esto nos agrada? ¿Es una fuente de esperanza para nosotros? El amor de Dios por quienes más necesitan amor nos inspira y nos lleva a cuidar especialmente a nuestros seres queridos.